

## EL MERIDIANO

Alejandro E. Orús

## El valor de un abrazo

Un abrazo puede ser el mejor signo de afecto y también un presagio de que lo peor está por llegar. En la mentalidad judeocristiana está muy arraigado ese recelo hacia las demostraciones de cariño porque fue un beso, el de Judas, el que indicó a los soldados romanos quién era Jesús y por lo tanto es en un beso donde se oculta el comienzo de la Pasión. A partir de ahí, la oscuridad. Y también, finalmente, la luz.

Hay que decir que los abrazos parecen bastante excéntricos en política, aunque sea precisamente el cuadro 'El abrazo', de Juan Genovés, el que se ha venido asentando como uno de los iconos más reconocibles de la Transición, algo así como la versión pictórica de la canción 'Libertad sin ira' de Jarcha. Es la misma extrañeza que causa la melancolía aplicada a la política, aunque siga ejerciéndose a menudo en aras de llamar a consensos improbables.

El reciente abrazo de Pablo Iglesias a Pedro Sánchez, con el que selló su ansiado acuerdo de gobierno, no puede sino mirarse con escepticismo. La desconfianza suele ser una actitud adecuada para observar a los políticos. Y no por ningún prejuicio insustancial, sino por lo que dicta la experiencia comprobable en las hemerotecas, sea en forma de declaraciones previas, de insomnios o incluso de chalets en Galapagar.

Hay demasiada intensidad en la política y eso acaba derivándolo todo hacia el espectáculo, no siempre edificante. Probablemente es válida aquí también la reflexión del dramaturgo Alberto Conejero respecto al amor que los españoles profesan al teatro, recordando que incluso durante la Guerra Civil se representaban obras en las trincheras.

Hoy como antaño nos gustaría creer en los abrazos y en los besos, al igual que nos gustaría creer en las palabras. Es lo mismo en el amor y en la política que en el teatro y el cine. Entre las ficciones que nos rodean, uno puede involucrarse lo que el deseo o las circunstancias le permitan y así sobrellevar un poco mejor la realidad. En el amor a eso se le ha dado en llamar ilusión, en el mundo del espectáculo, como en la literatura, se trata de evasión. Y en el de la política, cuando uno no es militante de casi nada, se puede parecer bastante a las ganas de tener por fin gobierno.

aespigor@heraldo.es

## EL MIRADOR | Guillermo Fatás

## Siete siglos después

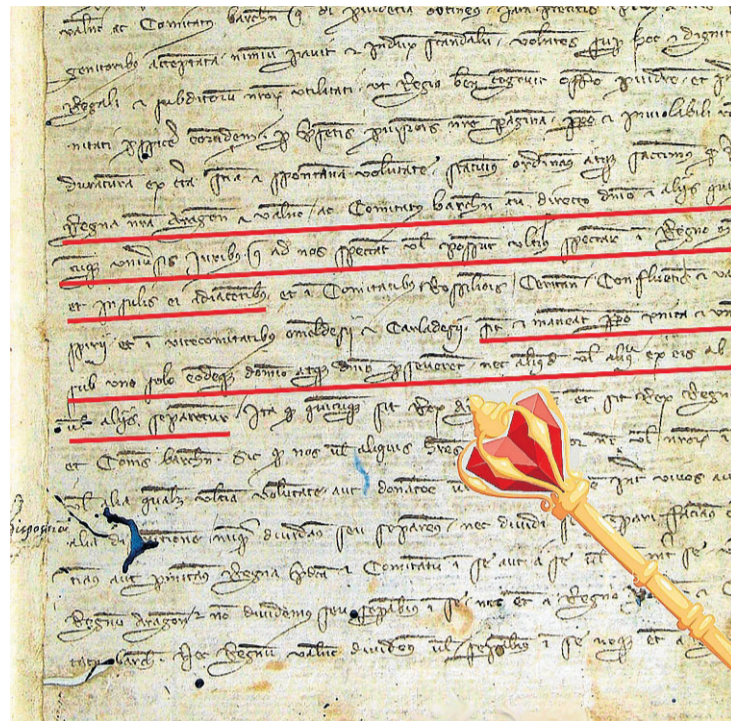
Ya Jaime II juró mantener unida la Corona de Aragón y lo hizo jurar a su hijo, el futuro Alfonso IV. La resistencia sería legítima frente a todo intento de separación

Con irresponsabilidad incalificable, los dos últimos líderes socialistas -excluido de la cuenta el gestor Javier Fernández- han hecho caso omiso del artículo 2 de la Constitución y de su significado doctrinal: la nación española es una e indivisible. En lenguaje de ley, es un aserto diáfano, pero ambos han insistido en que el concepto de nación es cosa discutible -Rodríguez Zapatero- y en que España es un estado plurinacional -Sánchez Pérez-Castejón-. Los dos han orillado el aserto de la Constitución y han desechado la diferencia entre los conceptos, también constitucionales, de nación y nacionalidad. De intento mezclan el plano legal con el político, por conveniencia táctica, para lograr aliados de ocasión y sin reparar en el destroz conceptual -es siempre lo más grave: las ideas- con el que lesionan la secular unidad de España como estado; hoy, estado de derecho, parlamentario, social y democrático.

Entre ellos dos, un Rajoy cuyos principios se deslizaron en una gobernación pacata y remolona, que agravó el mal.

El PSOE extiende su organización federal a su ideal de Estado, como si tuvieran conexión mecánica ambos planos. Es como si se dedujese el Estado federal de la existencia de federaciones deportivas o de entidades apicultoras. Eso no tiene nada que ver con la idea del Estado y comunicar los dos planos es una grosería.

Históricamente, tampoco se explica la fe en un estado federal español. Es obvio que la organización federal es un objetivo para unidades que desean lograr constituir funcionalmente una unidad no meramente mayor, sino superior, porque carecen de ella, caso contrario al de España. Y, además, la experiencia federal española ha sido un fracaso dañino cada vez



LOLA GARCÍA

### Ya Jaime II dispuso en 1319 que Aragón, Valencia, Mallorca y el condado de Barcelona no se separasen nunca por ninguna causa

que se ha intentado; más notoriamente, durante la I y la II República. En fin, quienes apoyan (tácticamente) esa vía son, ante todo, partidos no federalistas, sino separatistas y, acaso, confederalistas, que no lo ocultan, aun sin contar con respaldo bastante. Incluso mayorías estables como las del PNV, no se corresponden socialmente con el separatismo que a toda hora proclaman sus altaneros dirigentes de un tiempo a esta parte.

#### Un problema antiguo

Precedente interesante lo suministra una formación política tan

compleja ('composite monarchy', según John Elliott) como la Corona de Aragón, de cuyas pretendidas hijuelas modernas ('els Països Catalans') ha sido excluido radicalmente Aragón, el reino fundacional, por criterios etnicistas, típicos del nacionalismo catalán nacido en el siglo XIX.

La Corona de Aragón fue, entre otras cosas, una unión dinástica de reinos, principados y dominios heterogéneos (Cataluña, Aragón, Valencia, Mallorca, Cerdeña, Sicilia, Nápoles, Rosellón, Cerdeña y otros), vinculados por compartir un mismo soberano de la Casa de Aragón. Este hecho por sí solo no explica que la Corona sobreviviera unida durante tantos siglos. Hay causas más profundas. Una de ellas es de carácter jurídico.

Jaime II, no en vano llamado el Justo, promulgó un estatuto de im-

portancia excepcional. El rey -y sus juristas-, apoyado en el Evangelio (Mateo 12, 25; Lucas, 11.17) y sabedor de que «todo reino dividido contra sí mismo será destruido», dispuso que sus estados hispanos permaneciesen unidos e indivisos, «porque la fuerza unida de muchos sea más capaz de defender la justicia (...) y la cosa pública se preserve». Habían existido intentos de separar los reinos de Aragón y Valencia y el condado de Barcelona, a la vez que se manifestaban entre estos, de vez en cuando, tendencias centrífugas. Con superior visión, Jaime dispuso que los reinos de Aragón, Valencia y el condado de Barcelona, con sus derechos en el reino de Mallorca, en los condados de Rosellón y Cerdeña, y otros territorios, permanecieran perpetuamente unidos sin que pudieran ser separados por ninguna causa ni bajo ninguna excusa. Sus sucesores, empezando por su hijo (Alfonso IV), jurarían respetar este estatuto y se tendría por nula cualquier disposición en contra. Se entregaron ejemplares de la norma a los concejos de Zaragoza, Valencia y Barcelona, como cabezas de Aragón, Valencia y principado de Cataluña. El núcleo de la Corona adquiriría así entidad política sustantiva e irrevocable, por encima incluso de la voluntad del monarca. «Ordinamus quod regna nostra Aragonum et Valentie ac Comitatus Barchinone (...) sint et maneant perpetuo unita, et in unum ac sub uno solo dominio atque domino perseverent». No es menester traducir este latín, deficiente, pero claro, escrito en 1319. Precisamente el 14 de diciembre: este mes hace siete siglos de ese afianzamiento en la unidad de algunas de sus partes, experiencia que resultó afortunada.

Hoy, en cambio, el Gobierno de España camina en sentido opuesto, de modo que una parte mínima de los electores (9,57%) está a punto de imponer su voluntad al resto de los ciudadanos. Mal.

Produce vértigo ver el futuro del país en manos de políticos tan fútiles y prescindibles como Lastra y Rufián. Peor que mal: insoportable.

## CUENTOS DE DOMINGO

Antón Castro

## Encarnación Ferré, 75

Soy solitaria y luchadora, y siempre he sentido un fuego que me incita hacia la creación literaria», dice Encarnación Ferré (Monzón, 1944), que nació el día de San Francisco de Asís, y quizá de ello derive otra de sus pasiones: los animales. Tras dos matrimonios, dos hijas y tres nietos, vive en soledad con una gata y cientos, miles de li-

bro. Y otras aficiones que son también vocaciones: la psicología y Freud, la medicina natural (domina el conocimiento de las plantas, los baños y balnearios, y las arcillas), el pensamiento mágico y la necesidad de contarse en libros de poesía, narrativa, teatro y ensayo. Uno de ellos podría leerse como una autobiografía simbólica: 'Memorias de una loca', al fin y al cabo la imaginación es la loca de la casa y del mundo. Encarnación desliza una confesión: «Sé que se puede llegar a la locura por insatisfacción de los sentimientos».

No tuvo una vida corriente: su padre Ricardo Ferré era músico, trompetista, y estudió con Teté Montoliu; les daba clases el abue-

lo del futuro pianista, que vivió en Monzón en los años 20. Años después, en el Teatro Principal, se encontrarían los dos amigos y se dieron un abrazo inmenso (de los verdaderos) y recordaron aquellos días de juegos, de sueños y de corcheas, cuando Tete aún veía. Su padre le contaba que una vez regresó Joaquín Costa a su pueblo y los «gerifaltes de antaño», aquellos a los que les duele hasta la respiración ajena, se conjuraron: pidieron a la banda de música que tocara desafortadamente para que no se oyese el discurso del joven prócer. Encarnación ya escribía redacciones y en su colegio de monjas usaba un seudónimo muy teatral: Plauto Bermejo, que acaba de recuperar en su

inédita novela: 'El doncel de Feijó'. Esta mujer, de pelo de plata ensortijado, se hace un homenaje a los 75 años y publica tres libros en Erial: mira al pasado y a su familia en 'La cajita de boj', a través del diálogo entre un filósofo anciano y un mago; sus reflexiones y desengaños de vivir, en 'Lucubraciones sobre la condición humana glosadas por lectores anónimos', un largo poema del presente, y 'Ética a Laura', su única nieta, un volumen de aforismos, gracianesco y poético, los juicios e intuiciones de alguien que ha sufrido. En esta ráfaga de escarmientos, se envuelve en ilusión y le aconseja: «... mi deseo es, nieta querida, que goces del amor con la mayor ventura».